

ANEXO N^o 21

Informe del capitán Norvell Salmon a sus superiores detallando acontecimientos relacionados con la captura de William Walker en Honduras.

El capitán Norvell Salmon, en el informe oficial a sus superiores fechado a bordo del *Icarus*, en aguas de Belice, el 11 de Septiembre de 1860 —vispera de la ejecución de Walker—, refiriendo los acontecimientos relacionados con su captura dice, vertido textualmente al español:

“Cuando el Superintendente de Belice, Mr. Price, me permitió abandonar las aguas de Belice por medio de carta de la cual le adjunto copia, me cabe el honor de informarle que el martes 14 de Agosto me dirigí en la Corbeta de Su Majestad bajo mi mando hacia Omoa, adonde llegara al siguiente día, y me comuniqué con Mr. Debrot, el Agente Consular, quien me informó que el día anterior había enviado una Petición al Superintendente de Belice, firmada por los principales habitantes de la población y aprobada por el Comandante, suplicándole ayuda contra los filibusteros.

“Enseguida tuve una entrevista con las autoridades, quienes parecían creer que el barco de guerra había sido enviado para protegerles y que, por lo tanto, ya no tendrían nada que hacer, excepto mirar.

“Sin embargo, (aunque yo consideraba que la petición aprobada por el Comandante y cursada por el Agente Consular Británico era autorización suficiente para brindarles mi protección y ayuda), les expliqué que yo actuaba únicamente bajo mi propia responsabilidad; que me comprometía a proteger tan sólo los intereses británicos; y que, por cierto, no podría justificar mis actos si defendía a gentes que contaban con lo que yo consideraba fuerzas suficientes a su disposición pero que, a su vez, no hacían nada por defenderse.

“El Comandante me informó que carecía de pólvora y me suplicó que le vendiera cierta cantidad; me negué rotundamente a hacerlo pues sabía que si Mr. Walker se presentaba en mi ausencia la pólvora caería con seguridad en sus manos; pero el mismo día llegó de Belice un barco con una buena cantidad. Debo, además, informar que el Cónsul de los Estados Unidos también firmó la Petición, por lo cual invité a dicho señor a visitarme, con miras de conocer, si me era posible, las intenciones de su gobierno respecto a la expedición de Mr. Walker. Sin embargo, lo único que pude sonsacarle fue que el Gobierno de los Estados Unidos no aprobaba

dicha empresa.

“Partí al mediodía del 17, después de tratar — me temo que inútilmente — de inspirarles confianza a las autoridades en lo fuerte de su posición y en lo fácil que les sería defenderse de un destacamento tan insignificante como el que comandaba Mr. Walker, y anclé en la bahía de Trujillo al atardecer del 19.

“Al romper el alba del día siguiente, levé anclas y avancé hasta colocarme en buena posición frente a la fortaleza; bajé luego a tierra para conferenciar con Mr. Melhado, a quien Mr. Morrice autorizó para actuar como Agente Consular durante su ausencia.

“Encontré a Mr. Walker con unos 90 hombres en posesión de la fortaleza, si bien en el asta ondeaban los colores hondureños; la población se encontraba por completo desierta, excepto por Mr. Melhado quien continuaba enarbolando la bandera británica y protegía los intereses británicos en forma muy honrosa.

“Este caballero me informó que los ingresos de la aduana del puerto de Trujillo estaban hipotecados a la Corona Británica, en pago de una deuda, pero que no podía probarlo ya que Mr. Morrice se había llevado consigo a Belice todos los papeles de la Agencia. Le sugerí que escribiera al Señor Don [Norberto] Martínez, quien acampaba en los alrededores, solicitando la confirmación de su relato y que al recibo de tal confirmación me escribiera comunicándomelo e incluyera el comprobante, cuyas copias me permito adjuntar.

“Me doy perfecta cuenta de que se puede alegar que no existe justificación para ofrecerle condiciones a un filibustero; daré, pues, los motivos que tuve al hacerlo.

“En diversas casas del puerto se almacenaban mercancías obtenidas al crédito de los comerciantes ingleses de Belice, por valor de \$88,000.00, y de haber yo disparado contra la fortaleza probablemente se habrían destruido en su totalidad, para no mencionar la destrucción de la ciudad propiamente dicha; todo lo cual habría colocado a sus habitantes en una situación aún peor de aquélla en que se encontraban; además, el único logro consistiría en echar a Walker de la ciudad, y en los alrededores no había fuerza capaz de evitar que escapara; por lo tanto, como mi objetivo en mente era el de poner fin a la expedición de Walker, éste se alcanzaría mejor induciéndolo a reembarcarse después de entregar todas sus armas y pertrechos militares.

“Al recibo de mi segunda carta, Walker solicitó permiso de posponer su respuesta hasta la mañana siguiente, pues para entonces habría com-

pletado sus preparativos. Consentí en ello porque lo sabía en tratos con los capitanes de las dos goletas que yo le mencionaba en mi carta, embarcaciones que hice detener a ese propósito responsabilizándome ante los dueños, ambos distinguidos comerciantes de Trujillo y de quienes estaba seguro que aceptarían cualquier arreglo con tal de deshacerse de huéspedes tan indeseables.

“Debo, sin embargo, confesar que se me escabulló limpiamente. A la mañana siguiente (el 22), no viendo movimiento en la fortaleza, envié un oficial a tierra para investigar y a su regreso supe que Mr. Walker y sus seguidores habían evacuado la ciudad antes de la medianoche, portando cada uno su rifle y cerca de 120 cargas de munición. Dejó atrás todas las otras armas, pertrechos militares y provisiones, junto con un cirujano, un enfermero y tres heridos, uno de ellos el coronel Henry, su segundo en el mando, quien después murió, así como tres enfermos, entre los cuales se encontraba el corresponsal del *New York Herald*, enviado para noticiar sobre el progreso de la expedición; a todos les extendí mi protección.

“Coloqué centinelas en resguardo de los pertrechos, municiones, etc. y mandé a avisar al Señor Don Martínez para que avanzara con sus tropas y tomara posesión de la fortaleza.

“A su llegada, le hice entrega de todo e inmediatamente despachó una columna en persecución de Walker.

“Entre los pertrechos militares abandonados por Walker estaban 72 fusiles rayados, 60 de los cuales eran inservibles por haberles doblado el cañón en ángulo recto.

“Los únicos informes que pude obtener de los heridos se referían a que Mr. Walker prefirió tomar la decisión desesperada de forzar el paso por el interior del país hacia Nicaragua, en vez de regresar a los Estados Unidos sin haber logrado nada.

“Permanecí en Trujillo hasta el 27, recibiendo día a día informes de sus movimientos. Se le hicieron varios ataques periódicos, sin lograr mayor cosa, hasta donde pude saber.

“El 26 recibí un mensaje del general Alvarez, quien se encontraba en Olanchito con 200 hombres del interior, solicitándome instrucciones. Seguro de que Walker se dirigiría a los campamentos madereros en Limas, con la esperanza de encontrar allí lanchas para penetrar río arriba hacia el interior o para embarcarse por mar y alejarse de la costa, le pedí al General que lo persiguiera hacia ese sitio, a fin de impedir que escapara por tierra, mientras yo cooperaba por mar.

“El 27 me dirigí a Roatán, llevando conmigo a las personas dejadas

por Walker, excepto al coronel Henry, quien falleció el día anterior, y los entregué al Agente Consular de los Estados Unidos en Trujillo, allí refugiado.

“El 30 regresé a Trujillo, donde supe que Walker había estado en Limas, conforme me lo esperaba, pero al no encontrar ni lanchas ni barcos (pues los campamentos madereros habían sido abandonados hacía poco, lo cual yo ya sabía), continuó sobre la costa; pero el general Alvarez, en vez de seguirlo a Limas según yo le pedí, se dirigió a Trujillo, donde aprestaba una goleta, alquilada con ese propósito, para que lo condujera con 200 hombres a perseguir a Walker en la costa.

“El 31 desplegué nuevamente velas y me dirigí a lo largo de la costa, con el general Alvarez singlando a popa.

“El 2 de Septiembre, con viento calmo y la goleta de Alvarez fuera de vista, di presión a las calderas y enfilé hacia el río Tinto, como a siete millas al este del Cabo Camarón, donde esperaba capturar a Walker.

“Al acercarme a la bocana del río, encontré una pequeña balandra que evidentemente se dirigía hacia el mismo lugar; al abordarla resultó ser de Roatán, cargada de plátanos, sin los papeles en regla, cuyo dueño y capitán era partidario de Walker y llevaba a bordo un oficial de éste. Averigüé también que en ella viajaba un individuo llamado Thompson, quien sirvió de piloto a la goleta de Walker en aguas de Roatán, pero había desembarcado antes de mi arribo. Detuve, por lo tanto, la balandra, e hice prisioneros a quienes iban a bordo.

“Inmediatamente después de echar anclas me dirigí al río en bote para practicar un reconocimiento y, caso de encontrar a alguien, obtener información. No logré ver a nadie, encontrando sí la panga en que desembarcó Thompson, y rastree sus huellas por una corta distancia entre la maleza en la ribera izquierda del río.

“Esto me indicó, a satisfacción, que Walker no lo había cruzado. Por lo tanto, y en vista de que anochece, me limité a trasladar todas las pangas que pude localizar a la otra ribera, impidiéndole así eficazmente el avance.

“Al romper el alba del siguiente día, me dirigí de nuevo al río para averiguar la posición exacta del campamento de Walker; encontré a dos hombres, empleados de un Mr. Dickens, dueño de una venta en la lengüeta de tierra entre ambos brazos del río, que abastecía a los indios de los alrededores.

“Los dos hombres me informaron que Walker se encontraba allí, preparándose a defender el sitio; que Walker mismo estaba con fiebre; que

varios de sus hombres iban heridos y gran parte del resto enfermos con calentura, sufriendo privaciones de toda índole.

“Antes de regresar al barco, asomó en el horizonte la goleta del general Alvarez. Esperé, por lo tanto, su llegada, previo a decidir el curso de las operaciones. Apenas arribó, subí a bordo; le conté lo que había averiguado y le expuse las siguientes alternativas:

“1º — En mi opinión, Mr. Walker se rendiría ante mí sin ofrecer resistencia. Yo iría río arriba sólo con los botes del *Icarus*, bien tripulados y armados, a exigirle a Mr. Walker la rendición incondicional y la de todas sus fuerzas; en caso de obtenerla, lo llevaría a Trujillo para entregarlo.

“2º — Si Alvarez prefería, le ayudaría a desembarcar de inmediato; pero al mismo tiempo le informé que en tal caso yo no tomaría parte activa en las operaciones. Yo estaba seguro que Walker no se rendiría ante ninguna fuerza nativa, pero todos los informes recabados indicaban que él no podría oponer ninguna resistencia eficaz; por lo tanto, yo me negaba a ayudar en una matanza al por mayor, la que con toda seguridad ocurriría.

“Por razones humanitarias, el general Alvarez aceptó mi primera propuesta. En consecuencia, (acompañado del general Alvarez como espectador), abandoné el barco en mi propio bote a las 3 de la tarde, junto con los otros botes repletos de marinos armados, no porque esperara encontrar resistencia sino para hacerle ver a Walker que contaba con amplios medios para obligarlo a aceptar mi propuesta, y así avanzamos río arriba hasta llegar a unas 500 yardas del embarcadero.

“Dejé los botes armados y continué en el mío. Desembarqué, me encaminé a casa de Mr. Dickens, donde Mr. Walker se había acuartelado, y le exigí la rendición inmediata e incondicional, indicándole que formara a sus hombres y depusieran las armas, lo cual hizo.

“Inmediatamente ordené llevar las armas a los botes y regresé a bordo, dejando al teniente Cox, con todos los marinos, a cargo de los prisioneros.

“Me convencí de que los relatos recibidos acerca de su calamitosa condición no eran del todo exagerados; de los 73 en total, 10 estaban heridos y 21 postrados por enfermedades; del resto, no más de 30 habrían logrado caminar una milla; y, aunque siempre lograron conseguir carne, llevaban muchos días sin pan ni verduras de ninguna clase.

“Temiendo que Walker y su segundo en el mando, el coronel Rudler, intentaran escapar, Mr. Cox los envió a bordo esa misma noche; el general Alvarez regresó a Trujillo para prepararse a recibirlos.

“A la mañana siguiente (el 4) los embarqué a todos, colocándolos entre

los cañones de cubierta, y regresé a vapor a Trujillo, adonde arribé a eso de la medianoche.

“Al día siguiente bajé a tierra a conferenciar con el general Alvarez y el Señor Don Martínez, para decidir acerca de los términos bajo los cuales entregaría a los prisioneros al gobierno hondureño. Le adjunto copia de los términos que obtuve.*

“Desembarqué esa misma noche a todos los prisioneros, junto con raciones extra para un día [las del 6 de Septiembre] pues las autoridades se encontraban en apuros para conseguir alimentos en tan corto plazo.

“También hice entrega de la balandra con Thompson y el Capitán (Jones) a las autoridades, para que se les juzgara por ayudar y favorecer a los filibusteros, e indiqué al Agente Consular Británico que se mantuviese enterado del caso.

“El 7 salí de Trujillo para Roatán; a la entrada de la bahía avisté una fragata española a vapor, que enarbolaba colores de Comodoro; al ver que no andaba con intenciones de interferir, preferí no anclar sino que continué mi travesía y por la noche del 7 llegué a Coxen Hole.

“El 8 embarcaron Mr. Price, Superintendente de Belice, y comitiva para viajar a ese puerto.

“Al mediodía me hice a la mar y llegué a Belice al día siguiente a las 5 de la tarde, quemando ya mi última tonelada de carbón.

“Mi intención, si no viene ningún barco de guerra antes de que salga el correo, el 17, es regresar a vela a las costas de Honduras, para impedir que cause algún problema cualquier refuerzo que logre burlar la vigilancia de las autoridades de los Estados Unidos.

“Me suscribo, . . . (firmado) NORVELL SALMON, Comandante”.**

* Véase el Anexo Nº 23.

**Public Record Office, London, Adm 1 — 5738 — ERD/4350.



ANEXO Nº 22

La captura de Walker en Honduras, en las páginas del New York Herald.

La entrevista de Walker con el capitán Salmon se verificó en tierra, en la casa de la factoría de un inglés de apellido Demsing con 21 años de vivir